

---

*Jimmy Weiskopf*

DOS JUDÍOS Y UN CRISTIANO TOMAN YAGÉ EN LA MALOCÁ<sup>1</sup>

---

Que un distinguido profesor judío de Boston viniera a la selva a tomar yagé<sup>2</sup> era poco usual, pero más extraño aún que yo, que ya no era el simpático muchacho judío del Bronx, lo estuviera guiando.

El profesor Hani había tomado ayahuasca en Brasil y Perú pero no en Colombia, así que visitamos a Wilmer, el chamán, para organizar una sesión. El taxi colectivo nos dejó en la orilla de la única carretera que sale de Leticia, y una caminata de veinte minutos por un camino destapado nos condujo a un asentamiento indígena de casas de madera con frentes abiertos y radios sonando a todo volumen, y pronto, casi sin darnos cuenta, ya estábamos en la selva. Primero, uno cruza una quebradita que viene de un cananguchal<sup>3</sup>. Luego, a mitad del camino, hay una chagra bordeada por altas ramas de las cuales cuelgan los nidos de mochilero<sup>4</sup>. Uno desciende la parte final más fea, bailando sobre troncos puestos sobre el barro, hasta que la trocha llega a otro claro y allí estaba la maloca, que no era redonda, pero tampoco cuadrada.

Wilmer, un hombre de unos cuarenta años, moreno, cuya calvicie le daba a su cráneo la genialidad de una calavera, estaba sentado al otro extremo de la maloca, sin camisa, en un banquito crudamente tallado en madera, y cuando finalmente reconoció nuestra presencia su mirada de jugador de póker se abrió en una gran sonrisa.

Hani se acomodó en otra banquita, su trasero casi en el piso, y conversó sobre ayahuasca mientras Wilmer, con los cachetes llenos de mambe<sup>5</sup>, chupaba ambil<sup>6</sup> y le echaba un sermón desde su púlpito de tierra apisonada y alto techo de palmas tejidas. Cada tanto se detenía diciendo “está bien, está bien” a propósito de nada, y yo hipnotizado, el efecto incrementado por el polvo dulce en mi boca, con un efecto tan suave que no podría definir excepto por la rica irradiación verde que le imprime a la percepción.

—¿Sabe qué hago cuando la gente me hace daño?, le decía a Hani. Yo sonrío de su estupidez. Porque el Espíritu Santo lo vigila todo. Si ellos no saben siquiera

---

Jimmy Weiskopf. Periodista, escritor y traductor. Estudió en las universidades de Columbia (Nueva York) y Cambridge (Inglaterra). Antiguo corresponsal extranjero, trabaja ahora como traductor. Es autor de *Yajé: el nuevo purgatorio*, ganador del premio “Latino Book Award” (2005) y columnista del *City Paper* (Bogotá). Es ciudadano colombiano nacionalizado. Dictó clases de inglés en la sede Amazonia de la Universidad Nacional de Colombia, en el año 2001. jimmy\_weiskopf@hotmail.com

---

que aquellos que hacen mal recibirán mal, entonces no saben nada. La amarga convicción de su risa era un poquito asustadora.

—Míreme, yo soy sólo un indio pobre e ignorante. Yo no tengo conocimiento como usted, doctor Hani, nada, sólo esta maloca y chagra. Pero lo poquito que tengo lo he ganado honestamente y aquí, adentro —enfatizaba, golpeando su pecho—, yo tengo la única riqueza que importa, la Palabra de Dios, hermano.

Después de un rato dejé que sus palabras fluyeran sobre mí sin escuchar, porque la inspiración de la coca era demasiado preciosa para desperdiciarla en una religiosidad con la que no me sentía muy cómodo. Las plantas eran suficientes. El yagé lo hace a uno consciente de la vanidad de las ambiciones mundanas, mientras que el mambe le muestra a uno que la Verdad no está *más allá* sino *dentro* de las cosas ordinarias: los olores a comida, los implementos regados por el piso, las luces y las sombras sobre una hoja más allá de la puerta y los cuatro grandes estantilllos elevándose hasta el mismo cielo a través de las frondas tiznadas de humo.

Cuando a la tarde siguiente regresamos a la maloca de Wilmer, el calor, el camino sucio y mis objeciones de que todavía era muy temprano pusieron a Hani irritable, y nuestra rivalidad emergió un poco más. Aunque él no pretendía ser un duro en la selva, tenía un desdén académico por mis artículos sobre el yagé, y yo también era arrogante por haber tomado en el Putumayo, donde a uno le enseñaban que la divinidad del bejuco sólo se revelaba después de haberlo hecho pasar por el infierno. Toda mi experiencia de yagé había estado basada en náusea, sudores fríos, dolor, miedo y visiones diabólicas espeluznantes. Entonces, con suerte —y arrepentimiento— llegaba la liberación catártica hacia los reinos superiores.

Para Hani todo esto era sospechoso. En el curso de ciento cincuenta sesiones él sólo había vomitado unas pocas veces, y si acaso suavemente, y rechazaba mi afirmación que el dolor estaba incorporado en la revelación.

A medida que pasábamos esos seres verdes organizados en hileras como un público expectante me molestaba su paso lento y jadeante, su preocupación con las serpientes y la manera como tenía que tenerle la mano para pasar por los troncos. No es justo culparlo por ser gordo y quisquilloso, excepto por el hecho que la falta de forma física señala diferencias en actitud. Yo había tenido esa misma educación inhibida, pero el yagé, con todos sus sustos, me había liberado de algo de mi neurosis, mientras que sentía que Hani nunca había tocado el nervio viviente de la planta. Cada vez que yo hablaba en estos términos, sin embargo, Wilmer se enojaba. ¡No!, ésa era la manera como había sido antes de la llegada de Cristo y sólo perdonable para los indios de hace tiempo.

La maloca estaba desierta cuando llegamos y ya estaba oscureciendo cuando Wilmer apareció con cinco estudiantes de la universidad. Cuando ellos guindaban sus hamacas, maravillados ante el gran espacio oscuro, Hani me susurró: —¿Conoces a estos muchachos?

Yo estaba enseñando inglés en la universidad durante ese semestre, y el campus era tan pequeño que uno conocía a prácticamente todos los estudiantes y profesores.

—Pero yo no me siento cómodo con ellos. Tal vez me debería ir.

—¿En lo oscuro, por la selva? Yo mismo estoy asustado, pero hablando con la gente se va el miedo.

Wilmer tenía la curiosa costumbre de hacer amarrar a todo el mundo un pañuelo blanco alrededor de la cabeza para el ritual, y nos sentamos en dos troncos en una plataforma de tablas en la parte de atrás de la maloca. Él colocó sus imágenes de santos tamaño de bolsillo, un crucifijo, unos rosarios y una veladora en el piso, y bendijo la botella con el Padrenuestro y otras oraciones, seguidas por un canto susurrado y sin palabras, y echó talco sobre nosotros. En un vasito, yendo alrededor del círculo, con el ceño fruncido, nos entregó la bebida. La textura aceitosa y el regusto agridulce me hizo dar arcadas. Luego, quedamos en la más completa oscuridad. Un poco después la lava entró en erupción y llenó mis tripas con una presión hirviente. Paso a paso, en cucillas, con las manos extendidas, crucé la oscuridad hasta que percibí una tenue luz púrpura oscura en la entrada, me tambaleé hasta llegar al claro y allí me vacié onda tras onda, tanto que es difícil creer que un humano pueda cargar semejante montón de desperdicios.

Entendí entonces que la inseguridad que había provocado una reacción tan rápida tenía que ver con Hani y sólo había necesitado un toque del líquido ácido para dispararla. Pero el bejuco había expelido también, de una, toda la insensatez.

El camino de regreso hasta la choza fue como andar dando tropezones por un campo de batalla. De los árboles, de los arbustos, balas espirituales pasaban en todas direcciones, trazos cortantes como cuchillas de color azul, verde, amarillo y violeta disparados por caras vigilantes y malignas detrás de las hojas.

El canturreo monótono de Wilmer subía y bajaba, mezclándose con los vómitos musicales de los universitarios. En la luz radioactiva enmarcada por la entrada avisté un movimiento en las hojas de plátano. Gente. Las hojas colgantes y rasgadas se habían convertido en una casa-árbol que contenía media docena de habitantes. La visión no tenía la cualidad usual resplandeciente y surreal: los espíritus lucían como campesinos ordinarios en pantaloneta y camiseta.

Los perdí cuando Hani cantó un himno Daime, ese culto ayahuasquero cristiano del Brasil<sup>7</sup>. Como judío él no podía aceptar su credo, me contó cuando veníamos por el camino, pero sus rituales bien organizados le ayudaban a enfocar la inspiración. Vestirse de blanco y bailar, como hace la gente del Daime, me parecía horrible, yo decía. La disciplina lo fuerza a uno a concentrarse en las verdaderas visiones de ayahuasca, él insistía:

—No hay espacio para viajes del ego.

¡Ay de mí!, pensaba yo cuando recordaba eso, impresionado por el control que había demostrado hasta ahora.

Animado por Wilmer, Hani cantó ahora en hebreo, con la sonoridad oscura y operática de un cantor de sinagoga. Era un lamento que se volvía más profundo por el sonido gutural de la lengua, y aunque yo no entendía ni una palabra, sabía que nuestro largo y triste exilio estaba allí. No sólo la persecución, sino ese sentido particularmente judío de incapacidad personal y culpa –el mismo cargamento que el bejuco me estaba ayudando a vomitar. Pero no a él, porque el canto revelaba qué tan torturado estaba. Nunca se había casado y a sus cincuenta años debía sentirse solo, pero eso era sólo un aspecto. Detrás de todo ese asunto que el bejuco es amor estaba la voz de impulsos frustrados. Sentirse culpable por probar el ambil de tabaco, temor de decepcionar a los padres y maestros, toda la represión que yo conocía muy bien.

Cuando Hani terminó, Wilmer regresó a su canto, que aunque era tan melancólico como el de Hani, tenía la virtud de no tener propósito, sin juicios ni culpas. Eran sólo los ciclos de creación, florescencia y muerte de la selva.

Yazco como un cadáver hasta que una pesadez creciente me fuerza a salir de nuevo. Pegado al piso, con frío a pesar del calor, busco un lugar para aliviarme, pero a medida que bordeo el perímetro las plantas gritan, “Véte, no eres bienvenido aquí”, hasta que llega un flujo de líquido que sale sin esfuerzo, sin la más mínima arcada. Muy aliviado, miro al cielo, que está lleno de espíritus que hieren mis ojos, superpuestos contra capas que se desplazan, tan visibles que me dan la ilusión de que puedo atravesar la piel de la apariencia y llegar hasta la esencia de dimensiones paralelas. Pero mis piernas son como cuerdas, y las yerbas y la selva impenetrable, y no puedo hacer mi camino de regreso hasta la maloca, que se levanta como un navío siniestro, con costados escarpados imposibles de abordar. Sigo gateando. El terreno en frente de la puerta, que debería sentirse rugoso, tiene una textura resbaladiza y está cubierto con baldosas con patrones en ondas que se funden con mi pinta formando extraños mapas. Me pregunto por qué nunca los había notado antes.

Acababa de regresar a mi sitio cuando se sintió un tremendo rugido que extinguió mis visiones y se desintegró con una estática discordante. Era Hani, inclinándose sobre la plataforma para vomitar con el bramido de un toro. El bejuco le estaba enseñando –como lo había hecho conmigo– que ser inteligente, ambicioso, trabajador y cortés no necesariamente lo satisface a uno. Que los instintos, cuando se han mantenido muy controlados, se rebelan, liberando una fuerza titánica.

Aunque no particularmente religioso, él estaba aún guiado por la fe judía hacia un dios traicionero, y el haber canalizado su anhelo de fe en la ayahuasca no había borrado esa antigua convicción. Esto explicaba su afectación y su tristeza, y el placer morboso en las iluminaciones de otras personas que yacían detrás de su investigación académica sobre las pintas que habían visto.

Pensaba en la manera como los estudiantes habían reaccionado, porque también ellos eran auto-conscientes y buscaban realizaciones. Ellos habían sido golpeados, como cualquier tomador, pero el efecto había sido suavizado por su juventud, camaradería, buen humor y ausencia de expectativas. En contraste, la resonancia del rugido de Hani tenía el desespero de las preguntas que no se permitía responder porque ellas deshacían toda la “cultura” en la que creía.

Rústica como era, la maloca de Wilmer era su casa, y había una regla no dicha de que uno tenía que encontrar la fuerza para vomitar afuera. Pero él mostró su nobleza y tranquilamente le dijo a Hani que no se preocupara.

Hani gruñó unas disculpas, se tambaleó hacia atrás y se echó en las tablas. Yacía ahí, sobre su espalda, sin moverse, y un minuto después lo escuchamos roncar.

Habíamos alcanzado ese punto del ritual, cerca de la una de la mañana, después de que todo el mundo se ha purgado, cuando los rituales en el Putumayo se elevan en un frenesí jubiloso y alerta de visión, canto e historia. Wilmer siguió la costumbre del Perú, donde uno queda a la deriva, porque la sesión termina allí. Fue un sufrimiento para mí, porque mi inspiración dependía de la inspiración colectiva, y tampoco podía dormir, así que las horas hasta el amanecer se volvieron infinitas.

La noche transcurrió en un fárrago de pensamientos letárgicos. Si el “amor” es estar tan limpio adentro que uno se convierte en una criatura de luz, entonces el bejuco era lo que Hani decía que era. Pero la palabra significaba tantas cosas que para mí no significaba nada, dada la tendencia demasiado humana de deslizarse, sin aviso, desde lo sublime hasta lo más bajo. El yagé le daba a uno pura iluminación, pero era fugaz e iba con una conciencia de que el yo, con todos sus valores “humanos”, contaba poco en frente de sus impulsos primarios. Esto era lo que me

inquietaba sobre las malditas reglas que violaban la autonomía de uno. Lo único que uno podía hacer era ponerse a reír del chiste cósmico de la muerte.

Salí a la primera luz y me sorprendí al descubrir que las baldosas que había sentido bajo las palmas de mi mano en la mitad de la noche ya no estaban allí. Uniéndome a Wilmer en el fogón, le pregunté sobre la gente que había visto en la platanera.

—Esos son mis guardianes. Yo les silbo en mis oraciones y ellos descienden desde los cielos por el poder de Dios. Algunos se colocan en las hojas de esa planta, otros en los peines del techo y hay otros que viven bajo el piso afuera y tienen reflejos que se mueven como la arena en el fondo del río. En el cielo, ellos son cintas de fuego. Todos tienen sus caminos, como los animales en el monte. Son celosos de su territorio, como soldados de su fortaleza. Los que me ayudan a curar son más gentiles y tienen colores más suaves. Yo siempre saludo primero a los guardianes, porque los espíritus enviados por mis enemigos pueden ser difíciles de ubicar y si los guardianes no lidian con ellos primero, la enfermedad de mis pacientes puede entrar en mi cuerpo y matarme.

—Me dices que la gente que viste parecía como seres humanos ordinarios. Eso es sólo una trampa, para engañar al enemigo y exterminar su mal. Uno debe aplastar la serpiente debajo, dice la *Biblia*. Tú no reconoces esos espíritus, porque tú eres muy inquieto y no tienes la fe de que sólo Dios nos protege.

La esposa de Wilmer, Lizbeth, apareció, una mujer aterrizada y de humor irónico, con una cara plana y pelo ensortijado. Echó maíz a los pollos y atizó la candela para hacer sopa, pero sólo para ella, porque Wilmer nunca comía después de una sesión, a diferencia de los taitas del Putumayo, que inmediatamente se tragaban desayunos enormes.

Ella señaló a Hani, dormido sobre las tablas.

—¿Este es el profesor del que me hablaste?, me preguntó.

—Sí, el doctor Hani.

—Bueno, ciertamente es bastante gordo para ser un pez grande, bromeó ella. No tenía mala intención, no necesariamente: ella se burlaba de todo el mundo, casi por principio, incluyendo el evangelismo de Wilmer, al menos cuando sus pacientes no estaban. Para ella la religión era demasiado remota de la realidad cotidiana de la selva. Se reía de mis payasadas en las sesiones, también, pero con un cierto respeto por mi atrevimiento. O por lo menos así lo creía yo, porque ella decía que me había visto en sus visiones, que no es el tipo de cosas que la mujer de un curandero usualmente confía a un extraño.

Le conté de mi confusión frente a la maloca en mi borrachera.

—Los espíritus entienden que tienes un buen corazón, a pesar de ser gringo. Pero ellos no saben qué hacer contigo, tú eres muy loco. Entonces ellos se rasan la cabeza, te emborrachan y te hacen bromas. Las baldosas que viste pueden incluso ser verdad. ¿Recuerdas esos caminos de los que Wilmer te estaba hablando? A veces los espíritus te muestran cosas que están allí, en su reino, y luego te hacen dudarlas. Esos chamanes en el Putumayo siempre te están diciendo qué tan misterioso es el yagé, pero el misterio más grande es que también es muy simple.

Para entonces los otros se habían despertado. Pálido de la fatiga y nutrido con polvo de hadas, como estaba, ¿cómo dar mi clase por la mañana, y además cargando con Hani? Cuando la purga se volvía terapia de choque, la mañana siguiente uno veía una especie de euforia penitente en los tomadores. Hani, sin embargo, lucía normal, en guardia, el *Herr Professor* de siempre. A lo sumo, la sesión lo había decepcionado.

—La experiencia fue plana, todo lo vi opaco. Sentí la preocupación de Wilmer, sus cantos magníficos, pero el remedio no me llegó. Pienso que él no tiene la maestría, comparado con otros chamanes que he conocido.

Caminamos de regreso a la carretera con algunos de nuestros compañeros y agradecí las manos que le ayudaron a pasar los troncos, porque el monte estaba tan intensamente vivo ahora que difícilmente podía maniobrar yo mismo. El entrelazado de palmas, bejucos y helechos se hacía inteligible, como una ciudad, las plantas hablaban en palabras conocidas para mi oído interior.

Esa tarde, su última en Leticia, Hani dio una charla en la universidad sobre psicología cognitiva y ayahuasca. Algunos de los estudiantes de la sesión que asistieron, me contaron luego que él simplemente había colocado en lenguaje académico lo que ellos ya sabían, que el bejuco retaba el concepto mismo de realidad, como lo conocíamos, excepto que lo que para él era distorsión era otro tipo de verdad para nosotros. Yo no rechazaba automáticamente la racionalidad, como ellos lo hacían, pero ¿qué de bueno había si uno no percibe la conexión entre purga y pinta? En lugar de abrirse a los espíritus, el vómito lo había puesto a dormir.

Cuando el semestre terminó tomé un bote para bajar el río Amazonas hasta Manaus y el Santo Daime. Era un nuevo país, una nueva lengua y un ritual totalmente extraño. La reglamentación y la ausencia de mis taitas y espíritus me dejaron irritado, desdeñoso, nostálgico por el yagé, pero cuando terminó la tercera y última sesión algo pegó —la música, la estética, la comunidad, la duda que la ayahuasca no necesitaba siempre involucrar combate y monstruos. Años más tarde, después de otras visitas, la curiosidad se volvió afiliación, pero eso fue cuando

comencé a pensar acerca de la relatividad de las ideas que tenemos sobre el yagé. También me permitió ponerme un poco en los zapatos de Hani, sentir su obesidad y su alma de gueto, y reflexionar sobre las razones por las que él continuaba chocándose por ser neurótico, cerebral y terco. Un cierto tipo de *judío*, como yo era, lo que era mortificante de admitir. Pero, por otra parte, ¿qué tiene que ver ser *judío* con caminar sobre baldosas que pueden o no pueden estar allí?

## Notas

---

- 1 Traducción del inglés por Juan Álvaro Echeverri. La versión original en inglés se puede encontrar en el sitio web de *Mundo Amazónico*.
- 2 Yagé o yajé: bejuco *Banisteriopsis caapi*, conocido también como ayahuasca, a partir del cual se elabora una bebida alucinógena empleada por grupos indígenas suramericanos.
- 3 Cananguchal: conjunto de palmas de canangucho (*Mauritia flexuosa*), conocidas también como aguaje o moriche.
- 4 Mochilero: ave del género *Psarocolius*, que hace sus nidos en forma de mochilas que cuelgan de los árboles.
- 5 Mambe: hojas de coca tostadas y pulverizadas, mezcladas con ceniza de yarumo (*Cecropia spp.*).
- 6 Ambil: pasta de zumo de hojas de tabaco mezclada con sal vegetal.
- 7 Santo Daime es un culto cristiano que surgió en el estado brasileño de Acre, en la Amazonía, en los comienzos del siglo XX. Es un culto que reúne elementos cristianos –del catolicismo popular–, de la tradición espiritista europea, indígenas y africanos, y que se centra en la ingestión de ayahuasca (*Banisteriopsis caapi*).